

UNA GLOBALIDAD AL SERVICIO DE OCCIDENTE

Jorge Armand

Como sabemos, las innovaciones en el campo de la tecnología de las comunicaciones y de la cibernética, y muy particularmente el reciente desarrollo del sistema Internet, ha permitido que la famosa «aldea global» prefiguraba por MacLuham hace varias décadas, sea ya un hecho consumado.

Como consecuencia de este cambio se ha traspasado el umbral que todavía separaba relativamente a las naciones, diluyéndose las fronteras entre los países, al menos aparentemente y hasta el punto de haber generado en nuestros días una importante discusión sobre el significado y valor actual de los Estados-naciones. Un ejemplo del tremendo impacto que este cambio tecnológico ha tenido sobre la autonomía de las naciones, y, en general, de las consecuencias que el mismo podría tener en el futuro sobre toda la humanidad, es lo acontecido hace muy poco en México.

Méjico pasó de ser un «milagro económico», según la opinión de la prensa convencional, a constituir un país en bancarrota financiera, con un gravísimo problema social y político, en escasos días, víctima de la denominada *cibereconomía*; controlada ésta por las grandes compañías transnacionales y bancos del norte, quienes simplemente teclando en sus computadores decidieron de una sola vez la suerte de millones de mejicanos.

Ahora bien, la discusión sobre el tema de la globalización arranca con Bertrand Russell en los años 20. Este filósofo británico proponía en una pequeña obra editada en 1924, un gobierno mundial centralizado como única respuesta posible a los desafíos mundiales planteados por la sociedad en el siglo XX, particularmente frente a la amenaza de guerras generalizadas y la explosión demográfica. En su propuesta inicial Bertrand Russell señaló la necesidad de un gobierno mundial controlado por los Estados Unidos, lo que justificaba con el argumento de una supuesta superioridad racial o étnica de los pueblos anglo-sajones, evidenciada, según él, en el poderío tecnológico y científico exhibido por Inglaterra y los Estados Unidos.

En 1961, golpeado por acontecimientos históricos que el filósofo británico no pudo prever, Russell modificó substancialmente su propuesta inicial para dar cabida en su gobierno mundial a representantes de países del denominado «tercer» mundo. Este cambio de posición fue, obviamente, el resultado del proceso de descolonización que se produjo en Asia y Africa como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, y particularmente de la independencia de la India. (1)

Muchos intelectuales de nuestros días exhiben el mismo espíritu etnocéntrico, por no decir racista, que manifestaba Russell en 1924. Tomemos como ejemplo al conocido politólogo alemán Ulrich Menzel, quien se ha expresado sobre las rela-

ciones norte-sur, de la manera siguiente: «...desde un punto de vista realista, lo que le queda a muchos países del Sur es la necesidad imperiosa de cooperación con el Norte, en lugar de la confrontación ... y a las regiones miserables de este mundo el único papel que le corresponde es el de suplicantes». Además, continúa diciendo Menzel, «...las intervenciones foráneas del Norte por razones humanitarias en caso de descalabro en el Sur de los derechos humanos (según son éstos considerados en el mundo occidental)... no sólo son legítimos, sino incluso necesarias». (2)

Profundizando un poco más históricamente nos hallamos que la tendencia hacia una globalización polarizada en función de los intereses expansivos del Occidente y del sistema económico que le es inherente, el capitalismo, se inicia realmente con la conquista de América en el siglo XVI. Convertida en 1924 por Bertrand Russell en una tesis política, la globalización al servicio del Occidente adquiere su madurez como proceso histórico en nuestros días bajo la forma del denominado «Nuevo Orden Mundial». Conceptualizado en la Universidad de Harvard por Henry Kissinger y convertido en política de Estado por el presidente norteamericano George Bush, el «nuevo orden» consiste en un plan maestro de control hegemónico de no sólo la economía del planeta, sino del pensamiento y de la cultura en general de los pueblos del mundo, a fin de imponer de una vez por todas, para siempre y en todos los rincones del orbe, la cosmovisión propia de la etnia occidental, en particular la representada por la versión norteamericana de esa etnia. Una ilustración particularmente significativa de esta tendencia es la obra de Francis Fukuyama, quien ha sido asesor del Departamento de Estado en materia ideológica. (3)

La imposición a escala mundial por parte del llamado Grupo de los Siete, a través del Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio (OMC), de un modelo económico, político y social único, repre-

sentado por la ideología capitalista liberal; así como la planetarización *de-facto* de la economía mundial por obra del sistema Internet y del control de todos los mercados por un puñado de compañías transnacionales, están creando las condiciones para el surgimiento, en un futuro muy cercano, de un gobierno mundial en manos de los países occidentales más poderosos, particularmente los Estados Unidos. De no ser impedido por las previsibles crisis ecológicas y sociales (mareas incontenibles de descontento en todas partes del mundo por el desempleo, la marginalidad, el efecto invernadero, la contaminación, etc. agudizado por las nuevas políticas económicas de Occidente), tal gobierno mundial representará el apoteosis o culminación del proceso de globalización polarizada que se inicia durante el siglo XVI con la conquista de América.

Sintetizando la idea central de este trabajo, podemos afirmar pues que el concepto de «globalización» tan en boga en este fin de siglo, no constituye en verdad más que la última fase de un proceso histórico que se inicia hace quinientos años.

El surgimiento de esta última fase del proceso de occidentalización del mundo está relacionado con los siguientes fenómenos: a) la desaparición del bloque de países socialistas, b) la revolución tecnológica en el campo de las comunicaciones, en especial la creación del sistema Internet y la televisión por satélite, y c) la ascensión a nivel hegemónico mundial del capitalismo monopólico, controlado por un grupo cada vez más exclusivo de megacompañías transnacionales, cuyas casas matrices y bancos se encuentran (apoyados por sus respectivos gobiernos) en los países más industrializados del norte. La élite político-económica representada así se halla en vías de imponer a toda la humanidad, a través de los llamados organismos «multilaterales» (FMI, Banco Mundial, OMC, etc.) un modelo único de economía, y en general, un modelo único de cultura centrado en torno a los paradigmas o mitos básicos del Occidente en tanto que civilización particular.

Los tres fenómenos que venimos de señalar como condiciones de la nueva fase de la globalización occidentalizante del planeta, han actuado y continúan actuando de modo intercausal, es decir, de manera holística o indeterminada, siendo cada uno de ellos causa y resultado simultáneamente de los otros fenómenos. De esta suerte, la desaparición del bloque de países socialistas y la entrada en período de obsolescencia de las ideologías que lo sustentaban, permitió la hegemonía mundial del sistema económico capitalista, y esto tanto en el terreno práctico como ideológico. Simultáneamente, este fenómeno ha estado impulsando el desarrollo de las nuevas tecnologías comunicacionales, por la vía de las crecientes exigencias espacio-temporales creadas por la globalización capitalista de los mercados. Las nuevas tecnologías comunicacionales, por su parte, retroalimentan causativamente el poder hegemónico de los agentes del sistema capitalista, y en general coadyuvan el predominio de la cosmovisión o gestalt de Occidente sobre el resto de la etnodiversidad planetaria.

Hasta el momento, la globalización al servicio de Occidente ha alcanzado la etapa de los denominados «grandes espacios». Entre estos espacios destacan la Comunidad Económica Europea (CEE) y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Estos grandes espacios económicos son la expresión de la actual tendencia histórica hacia la división del planeta en unas cuantas áreas, controladas cada una por alguna potencia específica. Así observamos que se están perfilando cada día más nítidamente las siguientes áreas generales de influencia: a) un área dominada por los Estados Unidos, que abarca a toda Latinoamérica, el Caribe y Canadá; b) un área dominada por Alemania que englobaría a toda Europa, con la excepción de algunos países nórdicos y a pesar de la resistencia del pueblo francés, y a la mayor parte de África, y c) un área dominada por el Japón o quizás la China, que reuniría a la mayor parte del Asia y Oceanía.

Dentro de cada una de estas áreas de influencia geopolíticas en proceso de definición se está gestando al mismo tiempo una soterrada pugna por el control de las mismas. La última detonación atómica de los franceses en el atolón de Mururoa, aparentemente sin motivo puesto que la Guerra Fría había terminado, es una expresión de esa pugna. La rivalidad entre las potencias del Grupo de los Siete por controlar sus respectivas áreas, tanto internamente, como externamente para impedir el acceso de potencias ajenas al área, es lo que se viene denominando «competitividad». Todavía esta aparentemente inocente pugna se está manifestando bajo la forma de mutuas recriminaciones de carácter económico, de represalias y contra-represalias comerciales, a veces cercanas al inicio de una guerra económica. Sin embargo, si tenemos en cuenta la experiencia histórica, debemos temer que estas simples rivalidades económicas se transformen en guerras económicas y, eventualmente en guerras «tout-court».

Es lógico pensar que la meta última de toda potencia sea la conquista de *todos* los espacios económicos y políticos posibles; y de llegar a imponer al mundo una especie de gobernabilidad sobre la base de tales conquistas. Creemos, en razón de la lógica interna del sistema económico capitalista, que el proyecto de conformar una gobernabilidad mundial fundada en el libre consenso de potencias que pugnan entre sí por la dominación del planeta, es absolutamente utópico. Nuestra opinión es que de mantenerse la actual globalización lo más probable es que de la presente división del mundo en unas cuantas áreas de influencia geopolíticas, pasemos directamente a un período de conflictos bélicos de carácter mundial y de allí a un mundo regido por una especie de poder central, que estaría dominado por el supuesto «triunfador» en esos conflictos.

Desde otro ángulo, pero conducente al mismo peligro de guerras, podemos observar como la rivalidad económica exacer-

bada por la actual fase de la globalización occidentalizante, está conduciendo aceleradamente a la destrucción de todos los equilibrios sociales, sobre todo dentro de los mismos países más industrializados del mundo. Como consecuencia de la feroz rivalidad económica entre los distintos espacios geopolíticos, el desempleo en los países del norte ha alcanzado la cifra récord de cuarentaiún (41) millones de cesanteados. Esta colosal cifra sólo puede compararse con la de los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial. El número de desempleados en Latinoamérica, para no hablar del Africa, es por lo menos tres veces superior (Clairont, 1997 y Mires, 1996). La profundización de la marginalidad socio-económica, la extensión de la brecha norte-sur, el empeoramiento de la crisis de la droga y de la violencia urbana, son todos fenómenos recientes relacionados con la actual fase del proceso de globalización. Los resultados, prácticamente nulos, de la reciente Cumbre de Copenhague sobre la pobreza mundial, ponen de manifiesto la incapacidad estructural intrínseca del actual sistema u orden mundial para resolver los problemas de la humanidad en su conjunto.

En lo relativo a los desequilibrios ecológicos, los hechos demuestran que los países más industrializados del mundo no están dispuestos con sinceridad a sacrificar sus metas de crecimiento económico, por lo demás inseparables de la cultura occidental moderna y en particular de la perspectiva de la actual globalización, para siquiera aminorar el impacto negativo que tales metas puedan tener sobre los equilibrios ecológicos planetarios. Prueba de esto es la persistente negativa del gobierno del primer país industrial del mundo, los Estados Unidos, para firmar los acuerdos internacionales de la Cumbre de Río y la Segunda Cumbre de la Tierra que acaba de concluir, relativos a la disminución de los gases causantes del efecto invernadero. Por cierto, de la primera de esas «cumbres mundiales» surgió el concepto, hoy muy de moda, del «desarrollo sustentable». Como lo hemos explicado en otros lugares, este concepto no representa nada nuevo, sino la repetición, bajo otro

ropaje, de la misma vieja ideología del capitalismo y de la modernidad en general.

En resumen: el modelo de globalización que se quiere imponer al mundo va en detrimento de la paz mundial, de la armonía social y del equilibrio ecológico. El mismo equivale a lo que hemos bautizado con el nombre de «macdonaldización del planeta», es decir, a la alienación de toda la humanidad a los intereses de una élite mundial reunida en torno a un puñado de transnacionales, basadas en general en los grandes países occidentales, quienes desde la década de los ochenta controla no sólo la economía del mundo, sino la información y el pensamiento de la humanidad. Esto supone la imposición a escala universal de una ideología fundada en el culto al dinero, al consumo superfluo, y de una ética sustentada en el supuesto derecho del más «apto», es decir, de aquel que logre obtener mayor éxito económico.

Frente a este modelo de globalización y al gobierno mundial que pueda surgir del mismo, surge la alternativa de una globalidad fundamentada en la solidaridad humana y de un gobierno mundial basado en la *confederación universal* de las naciones del mundo. Este gobierno estaría elegido periódicamente por representantes de todos los países y etnias del planeta, en proporción al número de habitantes de cada país, y tendría un rol meramente administrativo de los asuntos comunes de la humanidad. Entre estos asuntos están, por supuesto, los de orden ecológicos o bioesféricos, así como los relativos a evitar toda tendencia al vasallaje internacional en los planos económico, político y espiritual, para garantizar de esa manera la conservación no sólo de la biodiversidad sino también de la etnodiversidad, la cual tiene también una vital importancia para el destino de la especie humana.

Para no entrar en más detalles en la definición conceptual de este gobierno mundial, resumiremos el tema diciendo

que el mismo representa la aplicación a escala planetaria de los principios de la descentralización de todos los poderes, la confederación de las naciones, provincias y localidades, y el mutualismo social y económico, expuestos por numerosos pensadores sociales desde el pasado siglo, entre los cuales destaca P.A. Kropotkin.

A diferencia de Bertrand Russell y de autores contemporáneos como Ulrich Menzel, quienes representan ideológicamente el actual modelo de globalización, los pensadores como Kropotkin no conciben un orden mundial centralizado, ni podrían concebir una globalidad polarizada como las que se nos impone desde el norte, sino por el contrario un sistema mundial descentralizado y confederado. La primera posición presupone la existencia de razas, etnias o naciones superiores, llamadas a gobernar el mundo, mientras que la segunda posición lleva implícita la idea de la igualdad dentro de la diversidad de la especie humana.

Para muchos, tal vez, la globalización alternativa que hemos propuesto en este modesto trabajo resulte utópica. Deseo terminar con una frase de Kropotkin: «El progreso es la realización de las utopías».

NOTAS

- (1) Russell, Bertrand. «Has Man a Future». Penguin Books, 1961.
- (2) «Icaro o el Futuro de la Ciencia», Monte Avila, Caracas, 1986.
- (3) Fukuyama, Francis. «El Fin de la Historia y el Ultimo Hombre». Planeta, 1992.